

Del anarquismo y otras ficciones

La ficción del monje

FRANCISCO MONTAÑA IBÁÑEZ

Laguna Libros, Bogotá, 2012, 309 págs.

BIÓFILO PANCLASTA (1879-1943) es, sin duda, uno de los más importantes anarquistas de la escena política colombiana. Nacido en Chinácota (Norte de Santander) con el nombre de Vicente Rojas Lizcano, asumió desde 1904 aquel con el que lo conocería la Historia y que bien describía su concepción del mundo: Biófilo, por su amor por la vida y Panclasta, porque se declaró enemigo de todo.

Panclasta habría podido pasar por un inconforme más si no hubiera sido porque participó en la revolución venezolana, vivió en Europa, se hizo enemigo acérrimo del presidente Reyes, pasó por cuanta cárcel hay en el continente, aguantó los vejámenes de las mazmorras, fue delegado de la Asociación Anarquista Mexicana, escribió textos autobiográficos, artículos y poemas, promovió huelgas y manifestaciones, creó el Centro de Unión y Acción Revolucionaria, se casó con una pitonisa, intentó suicidarse y murió solo en un ancianato. Alguna vez propuso: “[...] la formación de un comité internacional encargado de ordenar, planear y ejecutar en un mismo día el asesinato del zar de Bulgaria, el emperador de Inglaterra, del rey de Italia, del rey de Egipto, el arzobispo de México, del presidente de Francia, del cardenal arzobispo de Toledo y de León Daudet”.

Pues bien, Arturo Molano, protagonista de *La ficción del monje*, lleva años de obsesión, trabajando en una biografía de Panclasta. Lo sabe todo sobre el anarquista, conoce su vida de pe a pa, tiene detalles desconocidos e interesantísimos.

Panclasta se deja ver como un personaje apasionante. Molano escribe:

Tanto el Panclasta literario como el verdadero tuvieron como parte de sus intenciones derrocar reyes y asesinar príncipes, poner bombas, dinamitar gendarmerías, raptar princesas o condesas, desestimar liberales acomodaticios, criticar comunistas por intentar hacer concreto el ideal [...]. Pero su sueño era entrar en las bóvedas del

tesoro norteamericano, suponiendo, primero, que el número de billetes de dólar fuera finito y, segundo, que su gran mayoría, dado que el capitalismo se basa en la acumulación, estuvieran guardados en alguna única bóveda de tipo de las de Tío Rico McPato y, tercero, que pudiera ingresar en ellas, para allí, in situ, destruir el símbolo de la mercancía u la explotación.

Sobre la vida de Panclasta se han escrito algunos textos, pero ninguna novela. La primera pregunta que uno como lector se hace al paso de las páginas de *La ficción del monje* es por qué el autor no se centró en semejante maravilla de personaje, por qué no hizo una novela sobre una vida tan increíble y tan poco contada. Habría sido, me parece, la-no-ve-la.

Uno alcanza a ilusionarse. Porque después de las primeras páginas, que cuentan cómo, angustiado, paranoico, Molano llega a una casa en un pueblo llamado Conrad (y que describen una escena inspirada en *Leviatán*, la mejor novela de Paul Auster), aparece una semblanza detallada de Panclasta. Entonces uno supone que lo que viene a continuación, después de la descripción del personaje, es un trabajo ficcional, de esos inteligentemente apegados a la Historia y a los datos, sobre la vida del anarquista y los problemas que tuvo su biógrafo durante la investigación. Un juego entre los hechos históricos y la ficción, entre el pasado y el presente narrativo de la novela. Algo así como una vuelta de tuerca a la forma como se asume y construye una novela histórica. Algo, por ejemplo, sobre la amistad de Panclasta con Buenaventura Durruti y su paso por Buenos Aires, o la odisea compartida con Nicolás Lenin en Siberia. La vida de Panclasta, según deja ver la información que hay en Internet y según la que Montaña incluye en el libro, está llena de increíbles anécdotas. Fue una gran anécdota en sí misma.

Pero no. La novela es otra y uno se demora en aceptarlo. Las páginas avanzan y se tiene la sensación de que es como si el autor hubiera escapado de la trama, como si se hubiera ido por los bordes.

Entonces, los que parecían detalles, líneas argumentales secundarias, acci-

protagónicos, en aquellos que soportan el peso de *La ficción del monje*. Porque resulta que Molano ha dejado atrás la investigación, emprendió la huida, está en un extraño pueblo, se ha enamorado de Abigail (una niña-mujer que se parece a Uma Thurman), cuidan cabras, hay un swami que le enseña a meditar místicamente y a desdoblarse, y también hay un cuaderno negro, en el que pareciera que ya está escrito todo lo que la novela es (o lo que debe ser).

En el cuaderno no sólo estaban completas las peripecias conocidas y desconocidas de Biófilo, su vida con Julia, la vida de su hijo, nacido en Buenos Aires, sino que además estaba todo lo que alguna vez, hace meses, escribió seguido de lo que no escribió en ese cuaderno Claire Fontaine acerca del judío ruso en quien pretendió novelar al enigmático hijo de Panclasta. Y ahí precisamente estaba el asunto. Nadie sabía de esa historia. Sólo él y tal vez Abigail. Nadie más. ¿Cómo iba a terminar entonces tanto lo escrito como lo no escrito en un cuaderno que había recibido incluso antes de empezar siquiera a imaginar la posibilidad de escribir esa historia?

Sí, el autor (que tiene ya varios libros encima y que se ha formado un nicho dentro de los públicos infantil y juvenil), se la fumó bien verde.

No obstante, cuando el lector ha aceptado el camino de la trama y se ha olvidado de la posibilidad de meterse en las profundidades de la vida de Panclasta, empieza a disfrutar de *La ficción del monje* y del extraño ambiente en el que sucede. Porque el libro, eso sí, es rarísimo. Todo sucede como en un universo paralelo y de pronto uno cae en cuenta de que aquella complejidad no tiene nada que ver con gravedad: está cargada de humor, el autor se debía reír cuando ponía a los personajes a hablar de él (sí, del mismo escritor Francisco Montaña Ibáñez), o cuando metía escenas y personajes que de inmediato llevan al lector a la obra de Paul Auster, a la película *El secreto de la montaña*, o al Arturo Cova de *La vorágine*, por solo nombrar los primeros ejemplos que se me vienen a la mente, porque son más: la novela está llena de referencias, a veces más claras, a veces más ocultas, a otras obras.

RESEÑAS		
<p><i>La ficción del monje</i> es un juego, un juego complejo y muy bien armado sobre lo que está detrás de la escritura, sobre la escritura como prisión y libertad. Pero hay más: las preguntas que flotan entre las páginas parecen ser las siguientes: ¿cómo carajos es que terminamos escribiendo?, ¿cómo se da ese proceso?, ¿qué tan responsables somos de lo que terminamos poniendo en un papel o imprimiendo? En últimas, detrás de la huida de Molano, lo que hay es una profunda introspección en el oficio de pensar y escribir, un extraño viaje hacia adentro (así pues que lo de Panclasta a lo mejor no es más que algo parecido a un anzuelo). En una de las páginas se lee:</p> <p>Lo había leído y se preguntaba cómo habían llegado esas palabras a ese cuaderno. Mediante qué forma de transmisión y en qué momento de su existencia habían salido de su cerebro, de su cuerpo, de sus deseos, las palabras que nunca había sido capaz de decir, las que nunca había podido escribir. Era como si el cuaderno fuera el resultado de un conjuro y en él estuvieran contenidas todas las cosas que nunca había terminado.</p> <p>De ahí que en <i>La ficción del monje</i> de pronto aparezcan párrafos que tienen más de ensayo que de narración, pequeñas disertaciones filosóficas: intenciones de respuesta a las preguntas que plantea la trama.</p> <p>Si la novela es un juego sobre la escritura, también es un juego sobre la soledad. No hay ser más solitario, más aislado, que Arturo Molano, el protagonista. Abigail está pero no está, el pasado va y viene, el presente es extraño y da miedo, del futuro ni hablar. Todo el tiempo, Molano se está enfrentando a sí mismo, está mirando para adentro; no por nada, termina haciendo meditación trascendental. Hasta el narrador, su amigo de la infancia desde los años felices en La Macarena, lo mira, en uno de los grandes aciertos del libro, desde la distancia: a veces lo apoya y a veces no, a veces se le acerca y de pronto se le aleja.</p> <p>El tema de La Macarena está relacionado con un aspecto interesante: <i>La ficción del monje</i> está lleno de subrelatos que, al rompe, pareciera que nada tienen que ver con la trama. De pronto aparece una masacre, de pronto la</p>	<p>historia del despertar sexual. El hilo que los une a los temas centrales a veces es más delgado o más grueso, pero, eso sí, siempre está ahí; se trata de un factor de sutileza.</p> <p>¿En medio de todo dónde quedó la historia de Panclasta? A la espera, quizá. De otro momento, de otro autor, pero a la espera. Montaña escogió un camino extraño (y a lo mejor más difícil). El de lo menos obvio. Dejó de lado la historia que parecía manifiesta y se fue por los bordes: está claro que fue por ahí donde halló la manera de decir lo que necesitaba decir. No, no se la fumó verde. Lo que hizo se llama literatura. Nada más.</p> <p style="text-align: right;">Andrés Arias</p> <hr style="width: 20%; margin-left: auto; margin-right: auto;"/>	